

Sentimientos y recuerdos de mi pueblo

Maria Dolores Herrero Bernal

A mi madre

He dudado mucho, muchísimo de mandar este relato a la revista, sobre todo por sus connotaciones personales, pero pienso que es bueno expresar el cariño y los recuerdos que tengo de Fortanete. Aquí nací, aquí mis ojos vieron por primera vez la luz, aquí los primeros llantos, las primeras sonrisas, y aquí también sentí las caricias y el calor de los abrazos de mi madre.

En la maleta de mi vida guardo recuerdos, sentimientos, vivencias y huellas que el paso del tiempo no ha logrado arrancar y que forman un eterno presente adherido a lo largo de mi existencia.

Recuerdos, golpes de memoria, flashes y sensaciones que te hacen volver al encuentro de uno mismo y que en mis desplazamientos a Fortanete - no todo lo frecuentes que a mi me gustaría - compruebo que todo cambia. Cambia el paisaje y sobre todo el río, los árboles han crecido, las fontanas desaparecidas... Y piensas que el tiempo de la naturaleza es más sabio y rítmico que el tiempo de las personas.

Desde cualquier parte que llegamos divisamos su amplio caserío, la maqueta de tejados rojos, el castillo y la torre que flotando en el aire y a manera de vigías nos reciben e invitan a quienquiera adentrarse en él. Casas que hablan de historia como un experto en la materia, testigos de un pasado agitado demuestran muchas de ellas la condición social de sus moradores, habitadas antaño por títulos nobiliarios, clerecía, jefes militares, hidalgos... y, otras muchas, la mayoría, morada de gentes sencillas que saben mucho de austeridad y sacrificio. Algunas de estas casas cayeron en el olvido y en la desolación durante décadas, en la actualidad es sorprendente como han sido rescatadas y fielmente reconstruidas, los encalados blancos han sido sustituidos por sillares magníficamente tallados que reflejan la habilidad de los canteros y albañiles que antaño las construyeron.

Un recuerdo imborrable: la escuela, ubicada donde actualmente se encuentra el consultorio médico. Una habitación espaciosa y luminosa con un mobiliario lóbrego, pupitres corridos y un tanto carcomidos, con un tintero blanco empotrado en ellos. La estufa en el centro irradiaba cantidades ingentes de calor y mantenía la habitación caldeada. Muchas niñas de diferentes

edades que, aunque parecidas, eran cada una distinta y diferente, mentes casi vírgenes, cascadas de agua transparentes que fertilizarían más tarde los yermos y los barbechos. Actividades de todo tipo en muchos casos individualizadas. ¡Aquello sí que era una enseñanza personalizada y una atención a la diversidad! Maestras entregadas que hacían posible esta tarea nada fácil. Un recuerdo muy especial a *doña María*, una excelente profesional, persona muy peculiar que utilizaba métodos de enseñanza muy novedosos, posiblemente derivados de la metodología de la Institución Libre de Enseñanza, recuerdo los relatos de novelas históricas que nos atrapaban y nos transportaban a mundos fantásticos muy lejanos a nuestra realidad.



Dña. María con las niñas de la Escuela de Fortanete. (Curso 1953-54)

(Izquierda, de arriba abajo): *Victoria Fandos, Cristina Zaera, Dionisia Gil, Remedios Daudén, Consuelo Mallén, Rosalina Tena, Estrella Mallén, Juana Buj, Rosita Gil, Ester Loras, Montserrat Millán, Adela Loras, María Gil, Dña. María*, (Derecha, de arriba abajo): *Dolores Buj, Ma Dolores Herrero, Palmira Fandos, María Zaera, María Soler, hija del sargento,, Victoria, Ma Carmen Herrero, Adelaida Pérez, Nieves Pérez Luisa López y Pilar Herrero*

Nuestros juegos, nada que ver con los actuales: la *comba*, los *cuadros*, el *arre* y el *mete* de las *tabas*, la *chata merenguela* y la *trico-trico-trin...* Y, como si de un ritual se tratase, era obligado todos los días ir a esperar al coche de línea. A veces también representábamos comedias

inventadas por nosotras en improvisados escenarios que casi siempre tenían lugar en el patio de *Estrella y Consuelo*.

Las fiestas de san Cristóbal (no existían las de agosto) llenaban las calles de bullicio y alegría, actos religiosos y taurinos que acababan con revolcones de los aficionados toreros. El "chispún" de *los músicos de Cabanes* alegraba al personal, se bailaba por la tarde en el Loreto cobijados por grandes sargas y varios turroneiros exhibían todo tipo de golosinas. La fiesta continuaba por la noche en la plaza donde pronto sonaban "*Si Adelita se fuera con otro*" o "*El gato montés*"... Un círculo de mirones rodeaban a los bailadores haciendo un examen en profundidad de cualquier gesto o actitud de los bailantes.

En la plaza no podía faltar un retratista que con una máquina decimonónica y un paisaje de fondo de la misma época, retrataba al que lo solicitaba, le llamaban "*El chato de Portell*".

Veranos fugaces donde el canto de las ranas y grillos era una constante, atardeceres donde a veces hacían su aparición tormentas que producían enormes rugidos y luminarias; tras ellas, los colores del arco iris y el incienso intenso que emanaba de la tierra creaban atmósferas y espectáculos difíciles de olvidar.

Pronto se esfumaban los calores y llegaban los primeros fríos porque, como dice el refrán: "*A Todos Santos nieve por los altos y a san Andrés nieve por los pies*". Todo cambiaba, sólo permanecía el azul intenso del cielo y las estrellas coquetas y danzarinas que inundaban caprichosamente el firmamento, un manto blanco cubría pueblo y paisaje, amaneceres y días immaculados sólo mancillados cuando el personal arrojaba algo que rompía su virginidad. ¡Fríos intensos y gélidos que calaban hasta los huesos!, improvisadas pistas de patinaje, caminos con montañas de nieve a los lados, desfile de toquillas, de mantones, gorros y bufandas que aliviaban los rigores invernales. Calles desiertas y solitarias, olor a leña quemada y a matacerdo. Hogares en torno a la estufa llenos de calor humano, noches y veladas donde los pequeños, como si de una clase se tratase, aprendíamos de la enorme sabiduría natural de nuestros mayores... Mientras, en el exterior, la oscuridad y el silencio dibujaban una atmósfera misteriosa, sólo rota por las estrellas fugaces, por el rumor de las gentes y por el sonido de la radio que se colaba por alguna de las ventanas.

Los carnavales rompían la monotonía de la estación invernal, disfraces sacados de arcas y baúles que como si de una pasarela de moda se tratase, exhibían chicos y grandes; y, maravilla de las maravillas, nos pintaban los labios y hasta las uñas. Las "candelas" de los tejados se

convertían en sabrosos chupa-chups y en la mesa no faltaban las suculentas pelotas de carnaval.

La primavera tardaba en llegar, poco a poco prados, valles, ribazos y umbrías se tapizaban de una alfombra multicolor, el mutismo del campo y del entorno rompía su silencio y saludaba a pastores y rebaños que celebraban su retorno con esquilas y sonidos empolvados... Y, pronto, llegaba mayo y el "*Venid y vamos todos*", poesías entrañables a la Virgen que las niñas recitábamos.

La Iglesia se iba adaptando a los nuevos tiempos, pasamos de la "advertencia" y del púlpito de *mosén Bernardo* a la cercanía de *mosén José* y a la intelectualidad de *mosén Julio*... Y, ¡oh sorpresa!, iban en moto, se remangaban la sotana, llevaban pantalones y jugaban al fútbol.

La Virgen del Buen Suceso con características parecidas a la actualidad: romería, convivencia de chicos y grandes en el prado, guitarras, jotas, canciones, juegos... Faltaban las poesías de *Juan Ramón Querol*, y como ahora se seguía invocando "*por los buenos puertos, sucesos y venturas*".

Cada vez que vengo sigo mirando al cielo, y a las estrellas y a las nubes en noches cerradas... Siento la memoria y la huella de otros tiempos y fantaseo y sueño, y sueño desesperadamente porque el sueño es lo último que se pierde.